

**EXPOSICIÓN DEL MINISTRO SECRETARIO GENERAL DE LA PRESIDENCIA,  
NICOLÁS EYZAGUIRRE, EN DESAYUNO ICARE “¿CÓMO VIENE EL 2016?”**

(Jueves 31 de marzo de 2016)

La pregunta de hoy es cómo se viene el 2016 y qué desafíos tenemos para este segundo tiempo del gobierno. Para abordarla es necesario entender lo que hemos hecho en el primer tiempo.

Sabemos que existe una visión que uno puede leer, por ejemplo, en la entrevista que esta semana dio el ex Presidente Piñera al diario El País de España.

En un breve resumen: se plantea que hemos impulsado una serie de reformas ideológicas que han generado incertidumbre, menor crecimiento económico y rechazo ciudadano, todo lo que finalmente ha repercutido en una mala evaluación del gobierno.

Para ser muy directo y honesto, no compartimos esa mirada.

Contrariamente a lo que se dice, lo que estamos haciendo es llevar adelante cambios profundos pero muy necesarios para asentar las bases de legitimidad y sustentabilidad que se requieren para el crecimiento y desarrollo de largo plazo.

En los últimos 30 años Chile ha hecho progresos innegables en materia de crecimiento y desarrollo, — posiblemente sólo comparables a lo que se llamó la belle époque hacia fines del Siglo XIX—.

Quizás los avances más elocuentes a ese respecto son nuestra política fiscal responsable y hemos logrado diversificar nuestra economía y avanzar en políticas sociales. Esto ha sido posible, y es bueno que lo recordemos, porque hemos resistido la tentación populista, el pleno respeto a la autonomía del Banco Central. Y por lo tanto, el negarnos al uso del

expediente monetario como un financiamiento inorgánico de planes populares pero no financiables.

El mantener y profundizar nuestra inserción en el mundo sin ninguna regresión proteccionista y nuestra fuerte vocación por el libre emprendimiento reflejada en todos los índices internacionales de libertad económica. En eso, Chile ha mantenido absolutamente incólume su trayectoria

Se preguntarán, entonces, para qué introducir cambios tan profundos como los que nos ha encomendado la Presidenta Michelle Bachelet, si todo parecía ir sobre ruedas.

Precisamente porque lo que entendimos en nuestra visión — aunque sabemos que no es la de muchos de ustedes, pero tenemos que expresarla— es que, luego de décadas de grandes avances, era necesario e imprescindible hacerse cargo de tensiones, desequilibrios y dilemas estratégicos que se habían venido acumulando en nuestra sociedad y que podían poner en peligro la continuación de nuestro progreso.

La verdad es que Chile ha alcanzado un alto nivel de ingreso per cápita, pero lo ha hecho manteniendo dos rasgos que plantean serias interrogantes de sustentabilidad.

Por un lado, la distribución de ingresos más desigual entre todos los países del mundo que tienen un nivel de ingreso similar o superior al nuestro. Escuchémoslo bien: somos un récord mundial, porque no hay ningún país en la historia de la humanidad que haya pasado los 23 mil dólares per cápita con un Coeficiente de Gini de punto cinco o más.

Y por tanto no hay ningún país que haya llegado a nuestro nivel de ingreso, teniendo una economía tan exportadora centrada en commodities, en la extracción de rentas de los recursos naturales cuya propiedad, además —y consistentemente con nuestra desigualdad—, está altamente concentrada y pobremente encadenada.

¿No les llama la atención que cuando pasaron por nuestro nivel de ingreso los países hoy más desarrollados tenían ya una mucha mejor distribución del ingreso?

¿No les parece extraño que cuando llegaron a nuestro nivel de ingreso actual esos mismos países tenían también una economía más diversificada y sofisticada que la podemos exhibir nosotros hoy?

¿Podíamos seguir mirando hacia otro lado y no hacernos cargo de estas anomalías históricas?

Lo que entendimos –y quizás no hemos logrado transmitir de mejor manera– es que esta combinación era una amenaza para el desarrollo futuro del país, una verdadera “falla geológica” que era necesario enfrentar con decisión y, como hemos podido experimentar en estos dos años, con mucho coraje.

Esa convicción, no es “pura ideología socialista”, es la que ha impulsado los cambios profundos que hemos empujado en materia tributaria, en el ámbito laboral y en educación.

Quizás si los síntomas más evidentes de esta “falla geológica” se recogen en un creciente estado de ánimo ciudadano marcado por la molestia hacia la política y la desafección.

Se dice que el progreso alcanza sólo a unos pocos; más allá de que compartamos o no, es algo que uno escucha frecuentemente. Que esos pocos estructuran leyes que aplican al resto pero no a sí mismos. En fin, que nuestra elite política y social vive sumida en un mundo distinto al del resto del país.

Este sentimiento explotó con particular intensidad a raíz de las irregularidades descubiertas en materia de financiamiento de la política, la colusión empresarial y otros eventos que han afectado fuertemente la confianza.

Eso, que nosotros reconocíamos que habían raíces, pero que no esperábamos que explotará con esta fuerza, obligó a nuestra ya recargada agenda, a sumar a las iniciativas que ya habíamos identificado, un conjunto de reformas en materia de probidad en la política y los negocios.

Y si bien es cierto, nos sentimos orgullosos como país de la respuesta que nos hemos dado, no hay duda que eso ha enturbiado las confianzas y nos ha obligado a dedicar parte importante de nuestros esfuerzos a esa enorme tarea.

¿Pero era acaso posible seguir avanzando sin hacernos cargo de esta realidad, de espaldas a una ciudadanía tan desconfiada de sus grupos dirigentes?

Es verdad que este gobierno ha hecho de la batalla contra la desigualdad su lema.

Pero no sólo porque creamos que es una necesidad ética en términos de justicia social, sino porque entendemos también que es un imperativo para sustentar el desarrollo.

Déjenme formularles la siguiente pregunta: si nosotros creyéramos que esto es sólo un tema ético o un problema de malestar de las personas, no se han preguntado ustedes por qué no usamos los recursos de la reforma tributaria para repartir ese dinero entre las familias más pobres de Chile. Un simple cálculo les permitiría a ustedes arribar a que los más de ocho mil millones de dólares, distribuida en la mitad más pobre de los chilenos, les darían mil dólares por persona. Y si me siguen el cálculo, implicaría haber subido en un salario mínimo, el ingreso de todas familias pertenecientes a la mitad más pobre de Chile mensualmente.

Esto habría sido ciertamente muy popular, pero ¿habría cambiado nuestra capacidad de generar valor? ¿No nos estaríamos comiendo la cola?

En contra de lo que muchos argumentan casi en tono de caricatura, este gobierno no se ha planteado obtener mayores grados de equidad sobre la

base de la simple redistribución de los activos o de extraer rentas de las personas de más altos ingresos para distribuirlas al resto de la población.

No, señor. Lo que hemos hecho con la Reforma Tributaria es aumentar de manera moderada la carga impositiva a quienes más tienen, pero no para financiar más consumo de quienes menos tienen, sino para reinvertir la mayoría de estos recursos en la formación de más y mejor capital humano a través de la Reforma Educacional.

¿No creen ustedes que hubiera sido mucho más fácil y rentable políticamente haber usado los recursos de la Reforma Tributaria para aumentar en unos 250 mil pesos mensuales el ingreso de las familias del 50% más pobre de Chile?

Nosotros hemos resistido a una simple estrategia porque entendemos que no cambia nuestra capacidad de construir un mejor país, lo que estamos haciendo es apostar por cultivar y promover el talento de los chilenos.

La Reforma Educacional apunta a ofrecer mayores oportunidades de desarrollo personal y profesional a quienes hoy no lo tienen, para que todos concurren tanto al esfuerzo de transitar hacia un desarrollo más inclusivo y sostenible como al goce de los frutos que ese desarrollo nos depara.

Porque en una cosa podemos estar todos de acuerdo: no vamos a llegar a los 30.000 o 40.000 dólares per cápita sólo exportando commodities. Y para dar el salto a una economía basada en el conocimiento, en la tecnología y en la innovación necesitamos más y mejor capital humano.

Podemos tener discrepancias sobre los instrumentos, pero es un hecho por todos reconocido que los recursos de la Reforma Tributaria se están usando en aquello que el país requiere para su futuro: Alguien podría decir que podríamos haber invertido más en educación preescolar y menos en la educación media o superior, pero nadie puede desconocer que una parte importante se está yendo a educación preescolar. Nadie puede desconocer que en lo que a educación media se refiere, estamos generando una

educación inclusiva, donde la suerte de los niños y niñas no depende del poder adquisitivo de sus padres.

Cuando tuvimos la discusión y aquí tengo dos diputados testigo, sobre la gratuidad para el 50% en la educación superior, no hubo dos opiniones respecto a que para ese 50% la mochila que les implicaba tener que endeudarse para financiar los estudios superiores, era un disuasivo demasiado fuerte, que imposibilitaba en la práctica, acceder a una educación superior de calidad.

Y en los próximos meses tenderemos que hacer una discusión respecto de cómo y a qué ritmo seguimos avanzando para cubrir a quienes están en los deciles superiores.

Sé que acá ha habido opiniones muy críticas respecto a la reforma laboral, pero nosotros creemos que para legitimidad y sustentabilidad de las reglas del juego, no sólo una parte debía extraerse a quienes más teníamos y podíamos pagar, para invertir en capital humano, sino que debíamos generar condiciones para una mejor distribución de las rentas cuando las haya al interior de las empresas.

Un poder fuerte va a cuidar las empresas. También como lo dicen los países nórdicos: 'puede ser el mejor aliado en las empresas en los momentos difíciles, para ajustar los costos'.

Pero, como se dijo, la tarea no se completaba con estas reformas.

Se requerían también reformas políticas que profundizaran y legitimaran nuestra democracia.

Y esta tampoco era una obsesión ideológica, porque contar con una democracia sana y moderna es una condición 'sine qua non' para que las decisiones de política pública y las reglas que pavimenten nuestro camino al desarrollo sean sustentables.

Tener una mejor democracia, bien lo sabemos, no es sólo un problema y un desafío para Chile.

El modelo de democracia representativa que Occidente ha cultivado por cientos de años es el que está puesto hoy en tensión frente a una ciudadanía más informada, más involucrada, más comprometida y más demandante de espacios de participación y de decisiones.

Por ello, tener un sistema electoral más representativo y avanzar en una Agenda de Probidad que pusiera un corta fuego entre dinero y política sólo se pueden entender como los primeros pasos de una tarea mucho más larga, porque la profundización de la democracia va a ser una tarea permanente en nosotros.

En este sentido, el Proceso Constituyente que ya hemos iniciado y cuya fase participativa comienza en abril, será una oportunidad única para que, en una conversación amplia y transparente, nos reencontremos todos como ciudadanos con el objetivo de dotarnos de un marco de acuerdos donde todos y todas nos sintamos fielmente representados.

Hace algunos días conversaba con el representante de un organismo internacional de alto prestigio e importancia, quien había mirado otras experiencias de reforma constitucional, incluyendo muchas que se habían hecho a través de asambleas constituyentes. Y nos decía que contrariamente a lo que se piensa, muchas veces esas experiencias, donde no hubo diálogo ciudadano, fueron escasamente participativas. Haber centrado la discusión en el mecanismo y en cuál era la comisión que iba a generar una nueva Constitución y aprobarla, hubiese sido una senda mucho más porosa, a que grupos de interés con fuertes convicciones, apalancaran sus posiciones para lograr escribir la Constitución a su gusto.

Quién puede dudar que al participar en los cabildos, donde participen decenas de miles de chilenos, al final lo que vamos a rescatar lo que piensa el Chile profundo, y es el mejor antídoto de la democracia contra los grupos de interés que tratan de llevarse la pelota para su arco.

Fíjense lo que ha pasado con los facilitadores: ocho mil personas postularon, de los cuales fueron elegidos algunas centenas. Transversalmente el Consejo le decía a la Presidenta y a algunos, que se habían impresionado cómo al ser un proceso abierto, transparente y participativo, los finalmente elegidos como facilitadores son personas que no tienen ningún sesgo ideológico aparente.

Si el Proceso Constituyente es un proceso realmente masivo, es la mejor forma de lograr que sea el Chile profundo el que hable y no capturable, como han sido otras experiencias en Latinoamérica, de formulación de una Constitución.

Dicho todo lo anterior, les puedo decir, entonces, que a nuestro entender el problema no son las reformas. Es muy tentador inferir causalidad. Pero nosotros creemos que no hay tal causalidad.

Lo que sucede es que este proceso de transformaciones ha coincidido con una crisis del sistema político, con una crisis de confianza en las elites, en las instituciones, que repercute en una baja aprobación de las reformas y del gobierno.

Déjenme aventurar una hipótesis. La baja identificación de la ciudadanía con su gobierno, habría ocurrido de todos modos, independiente del signo que éste tuviera. Es, por lo mismo, un problema de todos: de Gobierno y oposición; de trabajadores y empresarios; de chilenas y chilenos.

En este sentido, creemos que el proceso constituyente no debe ser visto como una fuente de amenaza, sino como una oportunidad.

La Presidenta Bachelet ha tomado la decisión de llevar adelante un proceso constitucional. El Consejo Ciudadano ha hecho un estupendo trabajo y esperamos que todos se sumen. Tenemos toda la voluntad de hacerlo genuino, para realmente recabar lo que piensa el Chile profundo y que no sea objeto de captura por parte de ningún grupo de interés.



Así, mientras el primer tiempo del gobierno estuvo marcado por la construcción de estas reformas, el segundo tiempo tendrá como especial foco el crecimiento, en un contexto de alta adversidad internacional.

Las políticas más específicas y urgentes las explicará más tarde el ministro de Hacienda.

Pero es claro que necesitamos, en primer lugar, que las reformas maduren y revelen su impacto, antes de pensar en nuevos cambios, menos aún de la envergadura que hemos planteado en el primer tiempo. En síntesis, es tiempo de consolidar.

Necesitamos consolidar, además, porque — como les he repetido— aunque no creemos que las reformas y su potencial incertidumbre sean las causantes de la desaceleración económica —sino la crisis política, como lo expliqué—, es claro que para revigorizar el crecimiento necesitamos recuperar la confianza y la unidad.

Como ya lo experimentamos a principios de los ochenta o a fines de los noventa y comienzos de los 2000 — donde me tocó ser a mi ministro de Hacienda— varias veces Chile se ha enfrentado a un súper ciclo de commodities y ha tenido que recurrir a su más fuerte tensión para poder reinventarse. Ya lo hemos hecho en el pasado y vamos a volver a hacerlo. Pero como ustedes saben, supone una masiva reasignación de recursos, desde el sector típicamente minero al resto de las exportaciones, lo que se produce por un alza del tipo de cambio, motivado por bajas tasas de interés. Pero esa masiva traslación de recursos no se produce de manera fluida si hay un ambiente de incertidumbre y desconfianza.

Por tanto, para consolidar es necesario no sólo esperar que maduren las reformas que ya hemos hecho, sino porque tenemos que crear entre todos un ambiente de confianza para que esta reasignación de la economía se produzca de manera fluida y productiva.

Así, en términos de reformas, como lo ha dicho la Presidenta, la obra gruesa de este gobierno está terminada.

Por supuesto, nos quedan algunas cosas pendientes en agendas clave, pero eso es territorio conocido.

En lo principal, debemos concluir la agenda de Mejor Democracia, Probidad y Transparencia; y terminar la tramitación de los proyectos de educación y de la Agenda de Crecimiento, Productividad y Empleo.

En síntesis... podremos discrepar sobre la necesidad, la oportunidad y los efectos de las reformas. Pero mirando hacia delante, podemos coincidir en la necesidad de retomar el crecimiento en un ambiente de estabilidad.

Estamos convencidos, como gobierno, que sólo superaremos nuestros obstáculos si somos capaces de dialogar sobre dos tremendos desafíos con generosidad y altura de miras:

- 1) cómo seguimos mejorando nuestra democracia, y
- 2) cómo redinamizamos nuestra economía en un ambiente de legitimidad, inclusión y creciente empoderamiento de las personas.

MUCHAS GRACIAS.